

que ha lucido extraordinariamente, y por no abusar mucho tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar explicándome las diferentes figuras del quadro variable que teníamos presente, quando le interrumpió un gentil-hombre del Duque de Medianadionis diciéndole: Señor Don Fabricio, buscaba á Vmd. para decirle que S. E. el Duque mi señor desea hablarle, y que espera á Vmd. en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hay priesa que baste, se apartó de mí para ir á ver á su Mecénas, dexándome muy admirado del trato que le daban de Don, viéndole transformado en noble á pesar de quanto pudiera decir el barbero Chrisóstomo, su padre.

CAPITULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del Conde Galiano, título de Sicilia.

El gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa. Buénos dias, dixé al entrar, señor Don Fabricio, la flor y la nata de la nobleza Asturiana. Al oirme se echó á reir; tu has notado, me dixo, que me han tratado de

de Don? Sí, caballero mio, le respondí, y permítame te diga que ayer quando me contaste tu metamórfosis olvidaste lo mejor. Ciertamente, respondió: pero en verdad que si he tomado este título de honor, menos ha sido por vanidad que por acomodarme á la de los otros. Bien conoces á los hombres; maldito el caso que hacen de un hombre de bien, como tenga la desgracia de faltarle riquezas ó nobleza. Además puedo decirte que conozco tantas gentes, y Dios sabe qué clase de gentes, que se hacen llamar Don Francisco, Don Gabriel, Don Pedro ó Don como tú quieras llamarle, que es preciso convenir en que la nobleza es una cosa comúnísima, y que un plebeyo que tiene mérito, la honra quando quiere agregarse á ella.

Vamos mudando de asunto, añadió, cenando anoche en casa del Duque de Medianadionis, en donde entre otros convidados estaba el Conde Galiano, rodó la conversacion sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré hallar ocasion de divertir á la compañía sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilias. Tú puedes imaginar quanto se reirian, y qué apodos no se darian á tu Arzobispo; lo que no ha tenido malas resultas para tí, porque se han compadecido, y el Conde Galiano despues de haberme hecho muchas preguntas de tí, á las quales puedes considerar que he respondido como debia, me ha hecho el encargo de que te lleve á su casa, y en este instante.

tante te iba á buscar para llevarte allá. Al parecer te quiere hacer uno de sus Secretarios. Yo te aconsejo que no desprecies este partido. En casa de este señor estarás acomodado perfectamente; es rico, y en Madrid hace un gasto de Embaxador. Dícese que ha venido á la Corte para tratar con el Duque de Melar sobre ciertas haciendas pertenecientes en Sicilia al Rey, y que el Ministro intenta enagenar. En fin, el Conde, aunque Siciliano, parece generoso, justo y franco. Ninguna cosa puedes hacer mejor que entrar con este señor.

Habia resuelto, dixé á Nuñez, darme buena vida paseándome y divirtiéndome antes de ponerme á servir; pero me hablas tan ventajosamente del Conde Siciliano que me haces mudar de resolución. Ya quisiera estar con él. O yo estoy muy engañado, ó tú lo estarás, y no se tardará mucho, repitió. Salimos ambos para ir á casa del Conde, cuya casa era la de Don Sancho de Avila, que estaba entonces en el campo.

Encontramos en el patio muchos pages y lacayos con libreas ricas y galanas, y en la antesala muchos escuderos y gentiles-hombres y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, las caras eran tan extravagantes, que me parecieron una tropa de monos vestidos á la Española. Confesémos que hay caras de hombres y mugeres, á las quales nada puede hermohear el arte.

Ha-

Habiendo dado Don Fabricio recado, fue introducido un momento despues en la sala á donde le seguí. El Conde estaba en bata tomando chocolate sentado sobre un sophá. Le saludamos con las demostraciones del mas profundo respeto; por su parte nos correspondió inclinando la cabeza con miradas tan graciosas, que me inspiraron grande inclinacion hácia él: efecto admirable y ordinario que hace sobre nosotros el favorable acogimiento de los Grandes. Es menester para que nos disgusten, que nos hayan recibido con mucho desprecio.

Este señor, despues de haber tomado chocolate, se entretuvo algun tiempo en jugar con un gran mono á quien llamaba Cupido. Ignoro por qué le dieron el nombre de este Dios á aquel animal, sino que á causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no lo parecia; pero tal qual era, no dexaba de hacer las delicias de su amo, quien estaba tan prendado de sus gracias, que no le soltaba de los brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos encantaban. Esto dió mucho gusto al Siciliano, quien suspendió este pasatiempo para decirme: en mano de Vmd. está, amigo mio, ser uno de mis secretarios. Si le conviene á Vmd. el partido le daré doscientos doblones al año, á mí me basta que Don Fabricio sea quien presente á Vmd. y responda de su conducta. Sí señor, exclamó Nuñez, yo tengo mas valor que Platon; éste no se atrevió

á salir por fiador de uno de sus amigos que enviaba á Dionisio el Tirano, pero no temo ser reprehendido por el que ofrezco.

Con una reverencia dí al poeta de Asturias las gracias de su atrevimiento generoso, y despues dirigiéndome al patron le aseguré de mi zelo y fidelidad. Apenas vió este señor que su proposicion me habia agradado, quando hizo llamar su mayordomo, á quien habló en secreto. Despues me dixo: Gil Blas, luego te diré en que pienso emplearte, entretanto sigue á mi mayordomo; ya le he dado orden de lo que ha de hacer contigo. Obedecí dexando á Fabricio con el Conde y Cupido.

El mayordomo, que era un Mesinés de los mas refinados, me llevó á su aposento abrumándome con cumplimientos. Hizo venir al sastre de la casa, y le mandó hacerme prontamente un vestido de la misma magnificencia que los de los principales Oficiales. El sastre tomó las medidas y se retiró. Por lo que hace á vuestra habitacion, dixo el Mesinés, os he destinado un quarto cómodo: ea, pues, prosiguió, ¿se ha desayunado Vmd.? Respondíle que no. Pobre hombre, me dixo, ¿por qué no habla Vmd.? Aquí está todo á pedir de boca; venga Vmd. que yo le llevaré á una oficina en donde á Dios gracias, nada falta.

Hízome baxar á la despensa en donde encontramos al repostero, que era un Napolitano tal como el Mesinés, de modo que pudiera decir-

cirse de ambos que eran á qual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis de sus amigos, que se atracaban de jamon, lenguas de buey y otras viandas saladas que les hacian menudear los tragos. Entramos en el corro, y les ayudamos á apurar los mejores vinos del señor Conde. Mientras esto pasaba en la despensa, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien regalaba á tres ó quatro conocidos suyos, quienes no bebían menos vino que nosotros, y se hartaban de conejos y perdices en empanada. Hasta los galopines de cocina se daban sus alegrones rapiñando quanto podían. Yo creí estar en el puerto de arrebatapapas, y en una casa abandonada al pillage; pero era nada quanto yo veía; todo esto eran vagatelas en comparacion de lo que me quedaba que ver.

que hacer para personas que se van á la guerra. For lo que á mi toca con los criados mayores que fueron tratados así como el amo. Acabada la comida me retiré á mi quarto, en donde reflexionando sobre mi condicion me díxe á mi mismo: muy bien Gil Blas, ya estás viniendo á un Conde Siciliano, cuyo estatuto no conoces: si hemos de jugar por las apariencias estás en su casa como el pez en el agua; pero no se debe apurar por nada, y la multitud de tu estrella te ha hecho probar muy de ordinario que no debes darte de ella. Además de esto ignora el destino que quiere darte. Ya tiene secretario y mayordomo; ten que

CAPITULO XV.

De los empleos que el Conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.

Habiendo salido para hacer traer el equipage á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al Conde en la mesa con muchos Señores; entre los quales el Poeta Nuñez con ayre desembarazado se hacia servir, y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé, que no decia una palabra que no complaciera á la compañía. ¡Viva el entendimiento! El que lo goza puede hacer quantos personajes quiera.

Por lo que á mí toca comí con los criados mayores, que fueron tratados casi como el amo. Acabada la comida me retiré á mi quarto, en donde reflexionando sobre mi condicion me dixé á mí mismo: muy bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un Conde Siciliano, cuyo caracter no conoces: si hemos de juzgar por las apariencias estarás en su casa como el pez en el agua; pero no se debe apostar por nada, y la malignidad de tu estrella te ha hecho probar muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Además de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretario y mayordomo; ¿en

qué querrá que tú le sirvas? Al parecer intenta hacerte llevar el caduceo: sea enhorabuena. No podrias entrar con mejor pie en casa de un señor para apresurar tu fortuna. Sirviendo en empleos mas honrosos se camina lentamente, y no siempre se consigue el fin.

Entre estas bellas reflexiones llegó un lacayo y me dixo que todos los caballeros que habian comido en casa se habian ido, y que su Señoría me llamaba. Fuí volando á su aposento, en donde le encontré acostado sobre un sophá para dormir la siesta con su mono al lado. Acércate, Gil Blas, me dixo, toma una silla y óyeme. Le obedecí, y me habló en estos términos: me ha dicho Don Fabricio que entre otras qualidades tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á proponerte que estés conmigo: yo necesito un criado que me tenga afecto, que cuide mis intereses, y ponga toda su atencion en conservar mis bienes; á la verdad soy rico; pero mis gastos superan todos los años á mis rentas. ¿Y por qué? porque me roban, porque me saquean. En fin vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones: sospecho que mi mayordomo y mi repostero están de acuerdo; y si no me engaño, vé aquí mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo tan bribones por qué no los despido: ¿pero en dónde he de encontrar otros que sean de mejor pas-

pasta? Es preciso contentarme con hacer que los observe una persona, que tenga derecho de inspeccionar su conducta. A tí, Gil Blas, he elegido para esta comision. Si la evacuas bien, está asegurado de que no habrás servido á un ingrato. Cuidaré de establecerte en Sicilia muy ventajosamente.

Después de haberme tenido este discurso me despidió, y desde aquella misma noche delante de todos los criados fuí proclamado superintendente de la casa. No fue por el pronto muy sensible esta determinacion al Mesinés y Napolitano, porque yo les parecía un picarillo de buena traza, y contaban con que partiendo conmigo la torta tendrian la libertad de continuar su rumbo; pero el dia siguiente se encontraron muy chasqueados quando les declaré que yo era enemigo de toda malversacion. Pedí al mayordomo un estado de las provisiones; visité la bodega, registré lo que habia en la despensa, quiero decir, la vaxilla y ropa de mesa; después los exhorté á conservar el caudal del amo, á usar de economía en el gasto, y acabé mi exhortacion protestándoles que daría cuenta á su Señoría de todo lo malo que viese hacer en su casa.

No paré aquí: quise tener una espía para descubrir si habia alguna inteligencia entre ellos; me dirigí á un marmiton, que engolosinado con mis promesas, me dixo que no podia haber elegido otro mas á proposito para saber lo que

pa-

pasaba en la casa: que el mayordomo y el repostero estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte; que todos los dias extraviaban la mitad de las provisiones que se compraban para la casa; que el Napolitano cuidaba de una dama que vivia en frente del Colegio de Santo Tomas, y que el Mesinés cortejaba á otra en la Puerta del Sol; que estos dos señores hacían llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda suerte de provisiones; que el cocinero por su parte enviaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad, y que sirviendo de capa á los otros dos señores disponia tambien del vino de la bodega. Finalmente que estos tres criados eran la causa del gasto tan horrible que se hacia en casa del señor Conde. Si Vmd. duda de mi narracion, añadió el marmiton, tómese Vmd. el trabajo mañana por la mañana de estar á las siete cerca del Colegio de Santo Tomas. Vmd. me verá cargado con un ceston que le sacará de la duda. Eres tú, le dixe, el mandadero de estos galanes generosos? Yo soy, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace las diligencias del mayordomo.

Este informe me pareció que merecia ser averiguado. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del Colegio de Santo Tomas á la hora señalada. No tuve que esperar mucho á mi espía; inmediatamente le ví llegar con una grande cesta llena de carne, de aves y de caza.

Hi-

112 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Hice el inventario de las piezas, y puse en mi libro de memoria una relacion puntual, y despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su comision, fuí á manifestarlo á mi amo.

El señor Siciliano, que era naturalmente vivo, quiso en el primer impulso despedir al Napolitano y al Mesinés; pero despues de haber reflexionado, se contentó con desconfiar enteramente del último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente se suprimió poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me dió pena. Hablando con propiedad, esto era ser una espía honrada y un empleo que nada tenia de sólido, quando siendo señor mayordomo tenia á mi disposicion el dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado mas respetable en una casa grande, y puede hacer tanto en su administracion, que puede enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del Napolitano no dexó por esto sus malas mañas: observando que yo tenia un genio escrupuloso, que no dexaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraban, no las extraviaba; pero el pícaro continuó haciendo traer cada día la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de los sobrantes que de derecho le pertenecian, proporcionaba enviar la carne cocida á su pécora, ya que no cruda.

El

Lib. VII. Cap. XV. 113

El diablo nada perdía, y el Conde nada habia adelantado con tener por mayordomo al fénix de este empleo. La abundancia excesiva que ví reynar en las comidas me hizo adivinar esta nueva trampa, é inmediatamente puse en ello órden despojándolas de todo lo superfluo; lo que sin embargo hice con tanta prudencia que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que siempre continuaba la misma profusion, y sin embargo no dexé por esta economía de disminuir considerablemente el gasto. Vé aquí lo que pedía el amo; queria ahorrar sin parecer menos magnífico: su avaricia se subordinaba á su ostentacion.

No pararon aquí mis disposiciones, tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta sospeché que habia tambien trampa. Efectivamente sí, por exemplo, habia doce á la mesa de su Señoría, se bebian cinquenta, algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de admirarme. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie sospechaba de él. Me dixo que el desperdicio de que yo me quejaba procedia de una nueva liga que se habia formado entre el *repostero*, el cocinero y los lacayos que daban de beber; que estos se lle-

TOMO III.

P

va-

vaban las botellas casi llenas, y las partian despues entre los confederados. Hablé á los lacayos; les amenacé con que los despediria si volvian á cometer tal delito, y esto bastó para hacerles entrar en su deber. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su utilidad; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada día me cobraba mas afecto. Yo por mi parte recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios, haciéndole ayuda de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las buenas casas.

El Napolitano se llenaba de rabia al ver que siempre me tenia encima, y lo que lo mortificaba mas cruelmente era el tener que sufrir mis contradicciones siempre que me daba sus cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar tomé el trabajo de ir á los mercados, é informarme del precio de los géneros, de suerte que le esperaba con esta prevencion; y como él no dexaba de querer remachar el clavo, yo le repelia vigorosamente; estaba muy persuadido que me maldiciria cien veces al día, pero el motivo de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen: no sé como podia resistir mis pesquisas ni como podia seguir sirviendo al señor Siciliano. No hay duda que á pesar de todo esto él hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veía algunas veces, mis inauditas proezas económicas, pero

le

le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla. Quiera Dios, me dixo un día, que despues de todo esto sea bien recompensado tu desinteres; pero hablando para los dos solos, creo que te tendria mas cuenta no estar tan obstinado con el mayordomo. ¡Pues qué, le respondí, este ladron ha de tener el atrevimiento de poner en la lista del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que quatro? y quieres tú que pase este artículo? Y por qué nó, replicó friamente? Que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas arregladas. A fé mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que para ser hombre de entendimiento te portas muy mal. Tú á la verdad echas á perder las casas, y tienes cara de servir mucho tiempo, pues que no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Sabe que la fortuna es semejante á aquellas majas vivas y ligeras á quienes no pueden fijar los galanes tímidos. Me réi de los discursos de Nuñez, quien á su turno hizo otro tanto, y quiso persuadirme á que habia sido solo una broma; se avergonzaba sin duda de haberme dado un mal consejo inútilmente. Continué siempre en la firme resolucion de ser fiel y zeloso, atreviéndome á asegurar que en quatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.